

Pérdida

Julio Iñaki Zuinaga Bilbao

Image not found.

Capítulo 1

“Pérdida”

Correr por el jardín de la casa del abuelo le brindaba esa maravillosa sensación de libertad. Los muros que rodeaban aquel espacio estaban llenos de buganvillas floreadas en tonos naranjas, rosas y violáceos. Los múltiples tonos verdes de las hojas de los árboles y de los arbustos rodeaban una fuente de mármol justo en el centro del jardín; numerosas flores salpicaban el conjunto, formando un tapiz multicolor.

Anastasia a sus cuatro años había hecho de aquel lugar su escondite, su amable y gentil recodo de la madre naturaleza. Podía olvidarse allí de las tristes imágenes de su madre en cama, con la piel grisácea, tan delgada ya por la feroz enfermedad que la tragaba día con día. Podía olvidarse de sí misma entre fragancias y flores que bailaban a su alrededor.

—iTasia ven, nos está llamando papá! —gritó desde la ventana del segundo piso su hermano Alberto.

La pequeña se negaba a asistir al encuentro con su padre, adivinaba el momento trágico y no quería estar presente. Sabía de alguna manera, que su padre en vez de estar triste, estaría muy enojado. Caminó tras un frondoso nogal al fondo del jardín, sacó el medallón que había tomado a hurtadillas del cuarto en el que se encontraba su madre, "objeto mágico que cuidaba su salud" según mamá, y se sentó en la yerba que crecía al lado opuesto a la casa. Besó el medallón y pidió que su madre no se fuera. Cerró los ojos y deseó que no llamasen de nuevo, dejando escapar una lágrima que rodó hasta la comisura de los labios.

Pasaron lentos aquellos minutos y la sensación de una derrota brutal e inmerecida crecía en el sentimiento de aquella niña, el silencio fue roto por el grito proveniente de la casa. Era el grito de un hombre al que siguieron sollozos de angustia de varias personas.

El sonido continuo del agua de la fuente hizo pesar los párpados y pronto se cerró la puerta a toda conciencia arrebatándola al mundo...

Cuando despertó estaba en su cama, tenía frente a sí la cara de Alberto, su hermano, que la miraba a los ojos intentando descubrir algo en ellos.

—Tasi, mamá se ha ido... Pero yo te juro que te cuidaré toda mi vida —susurró Alberto.

Después de las exequias regresaron a la casa de su padre. Pasaron días tristes en los que cada rincón de la casa en la que vivían con su padre le resultaba impregnado de recuerdos. Las lágrimas se habían aposentado en los ojos y se negaban a desalojar la fuente de su existencia. Anastasia entraba con frecuencia al vestidor de la habitación de su madre, abría los frascos de perfume y se quedaba horas sobre la cama aspirando las fragancias, oliendo la presencia de su maravillosa madre hasta quedar dormida. Recorría despacio cada lugar de aquella casa y se convertía en una sombra pequeña llena de recuerdos. Las mujeres encargadas, Rosa y Eulalia quienes escasamente rebasaban los veinte años de edad, pasaban largos y desesperantes momentos para lograr que Tasia comiese bocado alguno.

Días después llegó el carruaje del abuelo Nicolás a recoger a los niños, el padre saldría de viaje y el abuelo, quien conocía el carácter seco y sin sentimientos de su yerno Abelardo, prácticamente le obligó a dejar a su cuidado a los niños. Les acompañaría Rosa la cariñosa aña que tenía a su cuidado el atender a los chicos.

Fue así que llegaron a vivir en la pequeña hacienda de Fortín de las Flores en donde la presencia del abuelo y su cariño por aquellos nietos fue sacando a Anastasia de su soledad íntima y oscura. Solía pasear y jugar con ellos en el vasto jardín lleno de árboles de frutas y cuidados setos, con aquella fuente al final de la rotonda de flores tras la cual estaba el viejo nogal que la acunó en ese trágico momento.

Durante las tardes el abuelo les leía en la veranda de la casa historias que aprendieron a atesorar. Anastasia volvía a sonreír y bailar en el jardín. Sacaba de las grandes gladiolas y amapolas aquellas mariposas que se posaban en sus brazos, hurgaba en tesoros escondidos bajo el viejo nogal y le enseñaba a Alberto a hacer magia con las hadas que volaban alrededor de la fuente.

Semanas después, mientras jugaba con las hadas, se acercó al viejo nogal y sacándose del cuello el medallón de su madre lo comenzó a enterrar bajo el nogal. Alberto la sorprendió y le preguntó:

—Tasi ¿por qué entierras algo tan bonito, que era de mamá además?

—Porque no sirve —respondió dando golpes suaves sobre la tierra que tapaba el medallón.